

BLOC DE NOTAS

La voz que perdura

Ryoko Sekiguchi evoca el duelo por los seres queridos y el recuerdo en un pequeño gran libro que conmueve e invita a la reflexión

Luis M. Alonso

No es el número de páginas lo que define la calidad de un libro, aunque en ocasiones y en demasiados títulos parezca obrar el milagro de lo perdurable y facilitan la posibilidad de volver una y otra vez a él. Del mismo modo que la voz, protagonista, permanece intacta en el recuerdo y altera el sentido del tiempo. Se hace eterna. Decimos que nadie muere del todo mientras lo recuerdan sus seres queridos; haber grabado sus voces ayuda a tener presentes a los desaparecidos, escribe Sekiguchi en su bellissimo librito, compuesto de breves fragmentos interconectados que animan a la reflexión. «La voz sombra», por su tamaño y su singular inmersión, es una lectura perfecta para comenzar el año.

A través de un auricular telefónico, Ryoko Sekiguchi su-
po que nunca volvería a oír la voz de su abuelo. Recordaba el
sonido de memoria, pero nunca pensó en grabarlo, como si
fuera un precioso documento, formando parte de las voces
de aquellos que reaparecen de alguna manera haciéndonos
sentir que siguen vivos. Si hay objetos, olores y recuerdos
materiales tangibles, la voz es, según la escritora japonesa
afincada en París desde hace más de veinte años y que escri-
be en francés, una extensión del individuo: «La única parte
del cuerpo que no puede ser enterrada». La voz sombra es
en determinados instantes la de los allegados al difunto, ve-
lada por la tristeza, o la del que se dispone a dejar este mun-
do y que ya asume nuevos sonidos. Ryoko Sekiguchi cues-
tiona la sonoridad y los silencios, los de los vivos, los de los
difuntos, y sus huellas debiles, sin tristeza, con esplendor.
Se agradece al tratarse de una invitación a la vida. La voz,
mientras tanto, se incorpora a las imágenes, a los olores, y
más tarde se convierte en una reflexión sobre la ausencia, la
muerte.

Consciente de la temporalidad y del momento, Seki-
guchi dedicó una obra anterior, «Nagori», publicada también
por Periférica, a las estaciones, evocando la expresión «na-
mi-nokori», que en japonés tiene que ver con el resto que
dejan las olas tras retirarse de la playa. De pequeña le fasci-
naba contemplarlas, podía pasarse horas mirando las on-
dulaciones sobre la arena en Normandía, notando sus dife-
rencias, tocando los bultos formados, dejando allí la marca
del dedo. Todo es nostalgia de un tiempo; las voces ausen-
tes, también.

La huella grabada, viene a contarnos Sekiguchi, no es
una reminiscencia sino un presente perdurable. Escribir
sobre voces fijas es paradójico: las palabras escritas en
tinta son silenciosas, pero resuenan gracias a nuestra
capacidad de hacerlas concretas, de escucharlas en
nuestro interior. Con ellas se abre un espacio acústico
particular donde, durante un tiempo, las voces
pueden desplegarse fuera de este confinamiento in-
terior y hacerse visibles a través del sonido, su pro-
yección natural y definitiva. La voz de la propia au-
tora de este texto seductor se convierte en el vector
de las resonancias que invoca y evoca. Invita al lec-
tor a interpretarlas, a hacerse testigo participativo
de su eco. Al mismo tiempo que la autora invoca el
duelo de los seres queridos, lo hace intencionada-
mente de manera juguetona, aireada, inteligente,
conmovedora y elegante. Es la desaparición del
abuelo, el hilo infantil del recuerdo que trenza
Sekiguchi como si se tratara de un atrejo floral, de
un ikebana, por algo la escritora no deja de ser una
delicada esteta. En «La voz sombra» los pequeños
fragmentos se convierten en pétalos, ramitas y ca-
pullo. Es marca de la casa; cuando Ryoko Seki-
guchi, gastronoma y contemplativa, escribe de
comida también se expresa así, a la vez que
busca el equilibrio y la temporalidad de los in-
gredientes que componen sus piezas impere-
cederas. Leerla es un placer.



**La voz
sombra**

Ryoko Sekiguchi
Traducción de
Regina López Muñoz
Periférica
104 páginas
12 euros*

TINTA FRESCA

¿Qué fue de Barbara?

Liz Moore maneja con destreza los resortes más inteligentes del thriller en «El dios de los bosques»

Tino Pertierra

De Liz Moore guardamos buen recuerdo por su «El largo río de las almas», así que «El dios de los bosques» merece las mejores expectativas para pasar unas horas tensas e intensas con personajes creíbles, trama robusta, ritmo manejado con destreza y, menos mal, un uso de las sorpresas que no toma el pelo a los lectores. Moore parte aquí de la búsqueda de una adolescente en un bosque. Detalle siniestro: catorce años antes había ocurrido lo mismo con su hermano. Hay un eco procedente de cuentos clásicos que todos (re)conocemos. Bosques, ausencias inesperadas, presencias imprevisibles. A partir de ahí, Moore entrelaza pistas, dudas, misterios, claves ocultas a las que da oscuro cobijo la condición humana.

Nos situamos en agosto de 1975. Una monitora de un campamento ve que la litera que ocupaba Barbara Van Laar está vacía. Es la hija de los dueños de la instalación. La tragedia se repite de nuevo en la familia con una crueldad insuperable. Dos enigmas por uno separados por el tiempo y ubicados en el mismo escenario. Los bosques siempre dan mucho juego a la hora de plantar el suspense y sembrar la inquietud. Como era de esperar, la casualidad parece que está de más y que la doble desaparición oculta secretos que no han visto la luz y permanecen sepultados en las sombras. La familia Van Laar y la comunidad que trabaja a sus órdenes tienen muchas zonas ocultas por las que merodear.

Moore apura al máximo los recovecos de una historia de amor en el alambre, maneja con habilidad los resortes dramáticos que siempre encierran los asuntos de herencia, se mueve con soltura y precisión por los caminos intrincados de la identidad y los espejos (espejismos tal vez) de las segundas oportunidades que aguardan el momento para pedir paso. El amor como posible vía de escape cuando llega la tragedia, la redención en juego, la familia como ecosistema dañado y dañino. Como thriller, la novela de Moore funciona con fluidez, inteligencia y solvente estilo literario, sin las precipitaciones ni los desaliños que tantas veces estropean historias interesantes en su origen y fallidas en su resultado. Se cuecen muchos asuntos de profunda enjundia en las páginas: desde los avatares de la juventud, hasta las distintas temperaturas que calientan o enfrían la amistad, pasando por las mentiras y los secretos que anidan como pájaros de mal agüero en el entorno familiar y en los opresivos círculos sociales. Por no hablar de una invitación a reflexionar sobre quién posee realmente los derechos de la tierra. El bosque se erige como una gran metáfora de la vida y sus consecuencias: de Capucina a Pulgarcito, pasando por Hansel y Gretel. La lista de personajes perdidos que luchan por sobrevivir (y no lo hacen igual los ricos que los pobres) y dejar constancia de sus huellas con la sombra del mal al acecho es amplia y variada, y a ella suma Liz Moore una obra que captura el interés desde el principio. Y no lo suelta.



El dios de los bosques

Liz Moore

AdN, 528 páginas
22,95 euros